

FIDELIDAD Y VERDAD

LA LECCION DE UNA MUERTE

POR

ESTANISLAO CANTERO

He leído los artículos que con la triste ocasión de la muerte de Eugenio Vegas se han publicado. Casi todos han elogiado su integridad, su entrega a unos ideales y a unas ideas que nunca abandonó, sin haber cedido un ápice en ellas durante toda su vida. Han hecho un panegírico de su fidelidad. Lo que no deja de ser un contrasentido y desde luego constituye un profundo contraste para algunos de los que han firmado dichos artículos, pues el elogio al antiguo amigo se torna en acusación para sí mismo.

Si puede ser admirable la fidelidad cuando se sigue a la propia conciencia, ser fiel contra corriente es doblemente admirable. Entraña, además, la dificultad de vencer lo que el ambiente del momento puede ofrecer; resistir al mundo, que bajo la apariencia de honores, halagos o éxitos endulza el amargor de la traición. Eugenio fue siempre fiel y lo fue contracorriente. Nadie se lo ha negado.

Sin embargo, lo verdaderamente admirable es la Verdad. Es a ésta a quien el hombre ha de rendirse, buscándola sin cesar y, una vez hallada, entregarse a ella en un abrazo permanente. «Yo soy el camino, la verdad y la vida», dice el Señor. Ser fiel a la Verdad católica, íntegra, total, serlo completamente, sin fisuras, raya en la santidad. Y este fue el caso de Eugenio. El fue fiel a la Verdad. No sólo a unas ideas políticas, sino sobre todo a Dios. La pregunta de su juventud, casi de su infancia, «¿dónde podría contribuir yo de manera más eficaz a la gloria de Dios?» y su diaria meditación acerca de la pureza de in-

intención: «si comiereis, si bebiereis, si hiciereis cualquier cosa, hacedla en memoria de Cristo», le retrata perfectamente

Por ello, al leer lo que de él se ha escrito, salvo excepciones —Vallet, Fernández de la Cigofña— queda y creo que nos queda a sus amigos, 'a quienes nos consideramos sus discípulos —pues aun en estos tiempos seguía y sigue teniéndolos— la sensación de que su figura si no rebajada, queda algo deslucida. Porque en el caso de Eugenio, el discípulo no es más que su Maestro. Y se ha elogiado la fidelidad del discípulo sin destacar o aun olvidando al Maestro al que fue fiel y por el que fue fiel. No se ha destacado o no se ha señalado la causa y el fin de su fidelidad.

En segundo plano y en alguna ocasión casi haciendo escarnio de ello, se han dejado a sus ideas. Se olvida, así, que la fidelidad encuentra su verdadero sentido, no en sí misma, sino en aquello que ha sido su objeto. Cuando éste es la Verdad, entonces la fidelidad es plenamente admirable. Porque se puede ser fiel hasta la muerte a una pasión inconfesable o al jefe de la cuadrilla de bandidos con la que se cometen mil tropelías. ¿Quién alabaría tal fidelidad?

En el caso de Eugenio, el objeto de su fidelidad fue la religión católica y la patria. Por encima de ésta, aquélla. Y así, la Verdad aparece resplandeciente y luminosa, destacándose por encima de la persona que en tan alto grado y con tanto valor se sometió a ella, de lo que dio permanente testimonio como puede verse en sus *Memorias*. De tal forma que en la obra de Eugenio es Cristo quien sobresale y resplandece. Con ello aparece en toda su dimensión la figura de Eugenio. La fidelidad a la Verdad le confiere la mayor grandeza.

Eugenio Vegas ha muerto; su fidelidad continuará en el Cielo por los siglos de los siglos. Pero sus ideas siguen vivas, tienen plena vigencia aunque carezcan de actualidad —entre otras cosas porque esa fidelidad que tanto se ha destacado y alabado, es virtud que ha sido poco común durante su vida.— Como él diría hoy, tal como decía no hace muchos días, insistiendo en lo que tantas veces dijo, García Moreno, «Felipe II de la Edad

contemporánea», demostró que se puede ser gobernante plenamente católico que defiende el derecho público cristiano, en una época donde parecía —a muchos— imposible, gracias al afán en demostrarlo de casi toda la clase política.

No han sido, ni lo son hoy, utópicas sus ideas. No son imposibles de realizar. Porque la verdad, la civilización católica, porque el derecho público cristiano, porque Dios Nuestro Señor, que no es utópico ni irreal, es lo que encontramos en las ideas de Eugenio. Este es su verdadero valor. Esta es la lección de su muerte. Haberse entregado, haber sido fiel, no a cualquier cosa, «no a señor que en gusano se convierte», sino a quien es Camino, Verdad y Vida.

Por eso, por encima de la fidelidad resplandece la Verdad. Admiraremos a través de la vida y la obra de Eugenio la Verdad a la que fue fiel. Y atrevámonos a seguir sus pasos. Cristo será nuestra recompensa.